

que su buen tío era millonario; pero ya se han convencido de que el General no tiene más que su paga, y ya no les ha parecido tan blanca la mano de la sobrina.

—¿Y tú piensas casarte con ella?

—Sí; es la mujer que me conviene. No es conveniente entrar á formar parte de una familia sin conocerla á fondo. Y necesito yo acabar de comprender el carácter del General, viejo solterón, gran calavera en su tiempo, y que es el jefe de la familia; quiere mucho á su hermana. esto es, á mi futura suegra; cosa bien natural, pues la pobre enviudó, y no tiene más amparo que el de su hermano. Pero este hermano es para mí un enigma, y, mientras no lo descifre, no me decido. Yo lo trato con alguna intimidad, y me parece que ya estoy en la pista de su secreto.

—¿Qué secreto?—preguntó Rafael.

—¡Toma!... El secreto de su carácter. ¿Te parece poco? En el fondo es un buen hombre, quiere mucho á su sobrina, que es única....

—¿Y á ti qué te importa el carácter del tío?....

—Eres un pobre diablo (le contestó Esteban). Me importa mucho.

Había terminado el almuerzo, y ambos fumaban, lanzando al aire soberbias bocanadas de humo azul y perfumado.

Esteban llamó al mozo, y le pidió la cuenta,

al mismo tiempo que Rafael echaba mano al bolsillo, decidido á pagarla.

—Espera (le dijo su amigo). Aunque el amor no te ha quitado el apetito, este almuerzo me toca á mí pagarlo; pero te ofrezco el desquite.

—¿Cómo?—preguntó Rafael.

—Los dos vamos á casarnos (contestó Esteban). Pues bien: apostemos un almuerzo.

—¿Á qué?—volvió á preguntar.

—¿Á qué?... En contra de tu matrimonio, y en favor del mío. Ahí tienes la ocasión segura de darme un almuerzo opíparo.

—Convenido; mas si tú pierdes....

—Si pierdo (se apresuró á decir Esteban con la sonrisa en los labios), el almuerzo será espléndido.

—Está hecha la apuesta.

—Está hecha.

Los dos amigos se pusieron de pie, y salieron juntos.

IV.

Muchas veces habréis observado el efecto que produce una piedra al caer sobre la tranquila superficie que presenta el agua sosegada de un estanque, y habréis seguido con atenta mirada y

pueril curiosidad la sucesión de círculos que, partiendo del punto en que la piedra choca con el agua, van extendiéndose sucesivamente hasta quebrarse en las duras y húmedas paredes del estanque.

Es curioso ver cómo cada uno de esos círculos, ensanchándose fantásticamente, pone en movimiento toda la superficie del agua.

El agua es así, comunicativa como las mujeres, como los niños, como los hombres; la impresión que recibe la esparce, la extiende inmediatamente á su alrededor; no hay forma de confiarle ni el grave secreto de una piedra, sin que al momento no se extienda la noticia, siguiendo el movimiento expansivo de los círculos, que anuncian el suceso en todas direcciones.

El aire tiene el mismo sistema de publicidad; lo mismo que el agua, se mueve por círculos que, hablando airosamente, se llaman ondas.

Como el agua, procede por ondulaciones: el efecto que produce la piedra en el agua produce el sonido en el aire.

Un pueblo viene á ser un estanque humano; dejad caer en él una noticia cualquiera, y veréis reproducido el mismo fenómeno; el rumor se extenderá en círculos, que recorrerán más ó menos lentamente toda la superficie de la sociedad, de boca en boca y de oído en oído.

La superficie de Madrid se había puesto en

movimiento por el choque repentino de una especie inesperada que había caído como una bomba. Casualmente ningún suceso extraordinario turbaba á la sazón el reposo de la vida, y las gentes comenzaban á fastidiarse de la tranquilidad del mundo, que parecía muerto.

La piedra cayó en un salón, y su choque se fué sucesivamente repitiendo como un eco en los demás salones. La buena sociedad se hacía lenguas, comentando de diferentes modos el caso que se ofrecía á su encantadora locuacidad. El asunto se hizo inmediatamente de moda, por la sencilla razón de que no había otro de más interés en aquel momento.

¡Buena sociedad! Ante esta combinación de palabras, es preciso bajar la cabeza con amable cortesía, detenerse con respeto, sonreirse, y prorrumpir de nuevo:

¡Buena sociedad!

Ambas palabras, de ese modo unidas, forman una frase, una designación, que viene á ser como un nombre propio, con el que se designa al conjunto de seres que brilla en las altas regiones del género humano, siendo á la multitud lo que es la espuma al agua; lo que hay más ligero, más brillante, más movable y á la vez más inalterable, pues estamos viendo hoy mismo que las más terribles catástrofes y los más paurosos anuncios apenas la conmueven.

Ella ha visto venirle encima toda esta horrosa tempestad de pasiones, de vicios y de crímenes que conocemos con el nombre de *revolución*, y ve pasar los más espantosos sucesos con la frente serena; más aún: con semblante risueño, con la sonrisa en los labios, como si la altura de su posición fuera inaccesible al desastre. Semejante al fastuoso Baltasar de Babilonia, se verá sorprendida en medio de las delicias del festín.

No se puede alterar el orden de las dos palabras de que hablamos, sin que la frase pierda el valor de su especial sentido. La lengua castellana, por un capricho que la gramática no explica con excesiva claridad, no quiere, por lo visto, que se confunda la *buena sociedad* con la *sociedad buena*, de la misma manera que la naturaleza se opone á que se confunda el agua con la espuma, el humo con el fuego, los rayos con la luz, reservándose el secreto de semejante capricho.

De cualquier modo que sea, el mundo de los salones es, en efecto, un gran mundo: sus horizontes son interminables, como el fondo siempre azul de los espejos; su atmósfera es el lujo, su sol la moda, su cielo la tierra.

En él se encuentran sociedad verdaderamente amena, conversaciones vivas, animadas, llenas de gracia; la más fina franqueza, muchos

rostros bellos y algunos corazones hermosos.

En esta capa de la sociedad, que por el orden jerárquico es la primera, todo es lo último, porque su forma absolutamente indispensable es siempre la última moda.

La última manera de saludar que ha venido de Londres.

La última manera de sonreír que ha llegado de París.

El último modo de sentarse.

La última manera de mirar.

Es una sociedad antigua, antiquísima, y, sin embargo, en ella todo es nuevo, porque la novedad es el aire que respira, el aire necesario á su vida.

En estas regiones era Rafael todo un personaje: su noble figura, sus impetuosos arranques, sus locos amores, sus desafíos y sus generosidades, lo habían hecho célebre: era el hombre de moda. La buena sociedad jugaba con él como un domador de fieras con su león favorito.

Era á la vez la esperanza de las jóvenes que, bien avenidas con el mundo, habían resuelto irrevocablemente no ser monjas, y la desesperación de las que, menos jóvenes, no tenían ya mucho tiempo que perder en vanos galanteos.

Las primeras esperaban que sentara la cabeza, casi seguras de que no había de ser un calavera toda su vida, y las segundas se desespera-

ban pensando que no la sentaría nunca, en vista de que no la había sentado ya, ni daba indicios de sentarla.

Unas y otras conocían que en aquel hombre había por lo menos dos terceras partes de niño, circunstancia feliz para cautivar el deseo impaciente de las más impresionables, porque el amor se pasa la vida jugando y riendo, y á las mujeres les gusta mucho reñir con los hombres y jugar con los niños.

Rafael era, por consiguiente, el niño mimado.

Se fijaban en él muchos ojos con esa expresión con que miramos una fruta exquisita que no ha madurado todavía.

El sol de tantas miradas, preciso es decirlo, había sido completamente inútil, porque el fruto apetecido continuaba verde.

Entre las mujeres que se miran demasiado al espejo, es frecuente que el amor propio haga las veces del amor verdadero, y ocurre que muchas de estas mujeres toman la vanidad por cariño; así es que Rafael ejercía una influencia poderosa sobre el corazón, digámoslo así, de muchas mujeres.

Era, en resumen, un objeto de moda, y ¡claro está!, se lo disputaban, como un lazo, como un aderezo, como un coche, como un palco.

Ciertamente nuestro afortunado calavera no ofrecía título alguno para ser considerado como

un gran partido, en atención á que no se le conocía ninguna renta segura y saneada; pero vivía como un príncipe, y esto era bastante para que hiciera concebir la esperanza de que viviría como una princesa la que consiguiera fijar su corazón inconstante.

Él, por su parte, se dejaba traer y llevar; le halagaban los fugitivos triunfos que su celebridad le proporcionaba, y era un *coquetón* que se complacía en infundir esperanzas y en alimentartas. Visto por este aspecto, era un hombre frívolo, capaz de hacerle el amor á una rueda de molino.

Venía á ser, poco más ó menos, para ellas un dije, una joya, que hubiera podido venderse muy cara, porque muchas mujeres la hubieran adquirido á cualquier precio.

Se le engañaba fácilmente, pero no se le cogía nunca. Se escapaba precisamente en el momento en que parecía que iba á caer, dejándolas con la boca abierta, como los niños á quienes se les escapa un pájaro de entre las manos.

Cualquier comerciante hábil hubiera hecho con él un buen negocio sacándolo á pública subasta.

Su movilidad nacía naturalmente de su buena suerte; contaba siempre con el éxito, y era inconstante, como la fortuna.

Su corazón no tenía tiempo para fijarse; se

agitaba en un círculo de seducciones continuas, que no le dejaban ni un momento de reposo.

Cuando los ojos de Margarita habían penetrado algo en el fondo de su corazón, la sonrisa de Matilde lo encantaba, ó las lágrimas de Julia lo conmovían.

Las alas de su corazón se hallaban siempre en incesante movimiento, como las alas de las mariposas.

Fijarlo era la gran cuestión.

La vanidad más ó menos tierna, más ó menos excitada de muchas mujeres, se hallaba empeñada en esta lucha, cuando estalló como una bomba la siguiente noticia:

«¡Rafael se casa!»

Esta fué la piedra que cayó en el brillante charco del gran mundo.

La noticia era incompleta, y arrancaba de todos los labios una misma pregunta, que para expresarla bien hay que colocarla entre dos admiraciones, porque la ortografía tiene también sus caprichos.

Era á la vez una admiración y una pregunta; la curiosidad y el asombro preguntaban:

«¡Con quién!»

La respuesta la encontraremos más adelante.

Entretanto la noticia, semejante á una moneda corriente, comenzó á circular por las más altas regiones.

El linaje humano, considerado geométricamente, no es más que una ingeniosa combinación de círculos.

Mírese atentamente, y se verá que el círculo es la forma corriente de todas las asociaciones.

Círculos políticos, círculos elegantes, círculos mercantiles, círculos industriales, círculos privados, círculos viciosos.... Sea el que quiera el motivo, la ocasión, el pretexto, allí donde se reúnen unas cuantas personas, allí se forma necesariamente un círculo.

Esta tendencia manifiesta de la especie humana á la línea curva, puede dar á un matemático y á un filósofo materia para venir á parar á una misma conclusión.

Ambos pueden llegar por distintos caminos á un mismo término, igualmente matemático y filosófico.

Los dos se tropezarán, encontrándose al volver, digámoslo así, la misma esquina.

Dirá el matemático: «Los hombres son series de puntos que marchan siempre en direcciones curvas, proyectando círculos».

Y dirá el filósofo: «El hombre es un ser que huye del camino derecho».

Hay círculos cuyo punto céntrico es una mujer brillante por la triple aureola de la belleza, de la juventud y del fausto.

Ó de otra manera:

Toda mujer que brilla, tiene un círculo de adoradores.

De todos los círculos, los que se forman alrededor de las mujeres son los más temibles para los padres, para los maridos, para los hermanos.

Son verdaderos sitios puestos á la honestidad, á la virtud, al buen nombre de una mujer.

Esas mujeres, verdaderos soles de la moda, encerradas dentro del círculo de cortesanos que de continuo las rodea, adulando sus defectos y lisonjeando sus vanidades, resplandecen como joyas dentro del círculo de espejos donde se contemplan, dentro de los aparadores en que se hallan expuestas. Son una especie de anuncios vivos que dan á la industria muy buenos resultados, porque ellas son las que extienden y popularizan las encantadoras extravagancias con que la moda, siempre nueva, especula, principalmente con la bella mitad del género humano.

Si estas celebridades del gran mundo tuvieran algunos momentos de sobra para pensar en la verdadera naturaleza de la admiración que causan, no se mostrarían tan envanecidas de su propio mérito, porque observarían que la doncella que hace el tocado, la modista que corta el vestido, el joyista que dispone los aderezos...., los encajes, la seda, las perlas, los brillantes y el terciopelo, son los que la mayor parte de las veces obtienen el triunfo.

Muchas de estas seductoras criaturas brillan como la luna con la luz que el sol les presta; y si los resplandores del lujo no las iluminaran, ya lo sabemos, vivirían completamente obscuras é ignoradas.

Llenos están los periódicos de *gacetillas* que describen las suntuosas fiestas, ya de un salón, ya de otro; y más bien parece que se hace en ellas el inventario de un almacén de trajes, aderezos y adornos, que la descripción de una fiesta de seres humanos.

El instinto advierte sin duda á los cronistas de los salones que hay mujeres á las que debe justificarse más por lo que cuestan que por lo que valen.

Toda mujer que tenga á la mano una buena fortuna que consumir, hallará en Madrid siempre abierta la puerta de esta celebridad, más envidiada que envidiable.

Tributemos aquí un ligero homenaje á esas glorias humanas, abriendo al paso las dos admiraciones que siguen:

¡Qué profunda debe ser la satisfacción de una madre al saber, por la *gaceta* de cualquier periódico, que su hija posee la virtud de un collar de perlas inmaculadas, ó el mérito de un aderezo encantador, de una falda vaporosa, ó de un prendido del gusto más exquisito!....

¡Con qué tranquilo orgullo averiguará el des-

cuidado marido que la tierna madre de sus hijos está públicamente reconocida como un modelo de elegancia, sol de la moda en el cielo de los salones!....

La Marquesa de..., no importa el nombre, tenía su círculo de cortesanos, y repetida por las diferentes bocas abiertas que rodeaban su fausto, había resonado la inesperada, la repentina noticia:

«Rafael se casa.»

Semejante especie causó una impresión vivísima, y nadie supo responder á la pregunta que se había escapado de muchos labios.

La Marquesa frunció su audaz entrecejo. Margarita rasgó impensadamente la magnífica tela de su abanico, y las mejillas de Matilde palidieron bellamente. Las tres, no obstante, se miraron á la vez, y se sonrieron á un tiempo. Estas tres mujeres eran las que entonces se disputaban en primera línea los locos obsequios del afortunado calavera.

Hubo un momento de silencio, durante el que cada cual buscaba sin duda quién podría ser la hermosa criatura ó la rica heredera que había conseguido fijar la inconstancia de aquel corazón inquieto que se escapaba de entre las manos.

Al fin la Marquesa rompió el silencio, diciendo con seguridad desdeñosa:

—No lo creo.

—Pues es positivo (replicó el atildado joven que había llevado la noticia á los salones de la Marquesa). Lo sé de un modo auténtico; ya saben Vds. que yo bebo en buenas fuentes.

—No sé (añadió la Marquesa) en qué fuentes habrá V. bebido esta noche; pero es el caso que ha bebido V. á medias.

—¿Por qué?—preguntó el joven.

—Es muy sencillo (dijo Matilde); porque averiguar que se casa y no saber con quién, es traer media noticia.

—Señora, yo he traído una noticia completa y verdadera; este es el hecho principal: lo demás es accesorio, accidental, insignificante.

—No tan insignificante, señor mío (replicó Margarita). Y, si V. me apura, le diré que mientras no se sepa con quién se casa, la noticia, á mis ojos por lo menos, es muy dudosa.

—Antes de media hora sabrán Vds. quién es la futura, puesto que le dan tanta importancia á ese pormenor, que en nada altera la realidad evidente del hecho de que se trata.

Y, diciendo y haciendo, salió de la sala tan precipitadamente, que no reparó en Esteban, que entraba al mismo tiempo.

La Marquesa esperó que el amigo de Rafael se le acercara á saludarla; pero Matilde no tuvo paciencia, y al verlo, exclamó:

—Llega V. á tiempo.... Acaban de decirnos que su amigo de V. se casa.

—Pues les han dicho á Vds. la verdad,—contestó Esteban.

—¿Y cómo es eso?—preguntó Margarita.

—He ahí una cosa difícil de explicar; él mismo no acierta á darse cuenta de lo que le sucede. Hay por medio una falda negra y un manto con velo. Debajo de este luto ha descubierto toda una primavera de flores.

—¿Es joven?—preguntó uno.

—Él dice que empieza á serlo.

—¿Bella?

—Él asegura que es un ángel; y, si no lo es, debemos suponer que así le ha parecido. Además, á los diez y ocho años suelen serlo todas las mujeres.

—¿Cómo se llama?—preguntó la Marquesa.

—Se llama María.

—Pero bien: yo pregunto á qué familia pertenece.

—A una gran familia: á la numerosa familia de las gentes desconocidas. Por lo demás, sé que vive con una anciana imposibilitada á quien llama abuela. Esta anciana es viuda de un militar, y disfruta una pequeña pensión. Me parece que no puedo dar más pormenores.

—Con esa pensión podrán vivir apenas (advirtió Margarita). Y, en ese caso, deberá ser una

hermosura de buhardilla, verdadero ángel, puesto que vive de tejas arriba.

Celebróse la gracia con una risa general, y Esteban contestó diciendo:

—No tanto: habita en un cuarto cuarto; tiene su nido, como las golondrinas, bajo el alero del tejado.

La Marquesa dió á su fisonomía una expresión picaresca bastante graciosa, y al mismo tiempo preguntó:

—Y con la corta pensión de la abuela, ¿puede permitirse la nieta el lujo de un cuarto piso?

—Es que no cuentan sólo con la pensión.

—¡Hola!.... (exclamó Matilde.) ¿Poseen rentas del Estado?

—No, señora,—contestó Esteban.

—¿Tiene algún tío en Indias?—preguntó á su vez Margarita.

—Tampoco.

—¡Vamos! (añadió la Marquesa.) Si no tiene un tío en Indias, puede haber algún primo que la proteja.

Este equívoco de la Marquesa obtuvo un éxito completo, levantando un murmullo de aprobación. Todos los presentes convinieron en que era el chiste más espiritual que habían oído nunca.

La tertulia empezaba á animarse.

V.

Esteban calculó, y calculó bien, el gran efecto que debía producir en la tertulia habitual de la Marquesa la noticia del casamiento de su amigo, que, como hemos visto, era ya del dominio público; y se complacía viendo que el asunto se había hecho tema obligado de la conversación.

Su propósito era levantar una cruzada contra tan descabellado intento, y contaba para ello con los celos de unas, con la envidia ofendida de otras, y con la natural y espontánea maledicencia de todos.

No entraba en su sistema la difamación ciega ni la calumnia sorda; contaba lo que sabía con cierta puntualidad, dejando á los demás el cuidado de las suposiciones malévolas y de los comentarios equívocos.

Realmente no movía su ánimo ninguna pasión, ningún interés perverso. ¿Qué le importaba á él que Rafael se casara con quien tuviera por conveniente? Pero, ¡ya se ve!, un matrimonio tan desigual repugnaba á su naturaleza fría, calculadora y egoísta.

Si él hubiera explicado el impulso que lo guiaba, habría dicho que era el interés paternal

de un cariño verdadero; pues, como amigo, no debía consentir que cayera en el lazo que indudablemente se le tendía. Para apartarlo del camino que había emprendido, todos los recursos eran buenos; pues, como ya debemos haber sospechado, profesaba el atroz principio de que el fin justifica los medios; por consiguiente, dejaba que María fuera blanco de las más crueles sospechas. Es verdad que él, por su parte, no tenía de ella la opinión más favorable; le pareció desde luego que había de ser una de esas virtudes dudosas, que ocultan, bajo las apariencias del decoro, debilidades más ó menos interesadas para no perder la esperanza de encontrar un marido á propósito, que nunca faltan para esta clase de mujeres.

El corazón impetuoso de Rafael era un peligro, pues si llegaba á enamorarse de veras, lo arrostraría todo antes que renunciar á su presunta dicha. Después descubriría el engaño de que había sido víctima, y entonces la catástrofe sería inevitable.

De esta manera discurría Esteban, empeñado en salvar á su amigo del peligro en que lo veía precipitarse; y pretendió detener el ciego impulso de aquel amor repentino con las carcajadas del mundo, que lo perseguirían por todas partes.

Él fué, pues, el que extendió la noticia, haciéndola correr por los cafés, desde donde se eleva-

ría á los salones, como se elevó en efecto. Así es que Esteban, contestando á las últimas palabras de la Marquesa, dijo:

—No sé si hay tío, ó es simplemente un primo, quien ha tomado á su cargo la protección de la hermosa nieta y de la abuela impedida. Mis noticias no llegan á tanto. Lo que sé positivamente es que la misteriosa ninfa posee la habilidad de hacer flores, según Rafael, de una belleza admirable.

—Yô no puedo convenir (dijo Matilde) en que Rafael piense en eso formalmente.

—Pues es indudable (replicó uno de los circunstantes); y si Vds. conocieran á esa señorita, no lo pondrían en duda. Es de una belleza irrepachable y de una conducta irreprochable.

—¿V. la conoce?—preguntaron á la vez muchas voces.

—La conozco (contestó); y aseguro que vale la pena.

—En cuanto á la belleza (añadió la Marquesa), será un portento; pero V., amigo mío, no es autoridad en el asunto. Es V. demasiado bondadoso con nosotras, y basta que sea mujer para que vea V. en ella todas las perfecciones imaginables.

—Señoras, no digo yo que es una belleza extraordinaria, que pasme ni asombre. Tal vez la nariz carezca de la rectitud estética del perfil

griego; pero hay tal dulzura en su rostro, una expresión tan suave, tal delicadeza en los contornos, que impresiona vivamente luego que se para la atención en ella.

Margarita no pudo contenerse, y dijo:

—¡Vamos! Es una belleza de primera impresión, y cabalmente las primeras impresiones suelen ser engañosas.

—No tal: el efecto que causa no es repentino, sino lento; no es de esas hermosuras que se vienen á los ojos, y todo lo dicen de una vez, sino, por el contrario, su belleza parece velada, y poco á poco se va descubriendo: cuanto más se la ve, más gusta.

—¡Oh! (exclamó la arrogante Marquesa.) Pertenece, por lo visto, á esas mujeres de belleza insignificante y vulgar, á las que hay que acostumbrarse para que no parezcan feas.

Matilde deslizó estas palabras:

—He ahí una mujer que no debía dejarse ver nunca por primera vez.

Toda la tertulia celebró el chiste; y el que sostenía la belleza de la florista contra el torrente de la opinión pública, dirigida por la Marquesa, por Margarita y por Matilde, después de reirse como los demás, dijo:

—Si Vds. me apuran, me veré obligado á emprender la retirada, pues no hay forma de luchar contra tan poderosos enemigos. Si Vds.

se empeñan en ello, será fea, horriblemente fea.

—No, no (se apresuró á decir Margarita); no tenemos empeño en ello.

—Entonces, créanme Vds.: no digo yo que deslumbre, pero les aseguro que cautiva.

—¿Lo sabe V. por experiencia?—preguntó Matilde.

—No,—contestó.

—Esa manera de hablar es sospechosa,—añadió Margarita.

—Aseguro....—empezó á decir; pero la Marquesa le cortó la palabra, añadiendo:

—No debemos insistir en ese punto. Los amantes afortunados son muy discretos.

—Juro (exclamó con vehemencia), que mis pretensiones fueron bizarramente rechazadas.

—Luego....

—Ni luego, ni antes (replicó). Declaro que estuve á punto de perder el juicio por esa bella criatura; pero, en honor de la verdad, ella misma me hizo entrar en razón; porque han de saber Vds. que á su bondad une un talento de primer orden, y me convenció plenamente de que debía renunciar á mis pretensiones. Ella lo quiso, y renuncié.

Esteban puso la mano sobre el hombro del que acababa de hablar, y con sonrisa ligera le dijo:

—Amigo mío, eso es inverosímil.

—¿Por qué?—preguntó.

—Estas señoras lo dirán, si quieren ser ingenuas.

Las señoras permanecieron calladas.

Entonces una voz algo cascada tomó parte en la conversación, diciendo:

—Las señoras no confesarán nunca que les es siempre agradable verse pretendidas, sea quienquiera el hombre que las pretenda. No renuncian fácilmente á sus conquistas. He ahí sin duda lo inverosímil del caso.

—General (exclamó la Marquesa): ¿V. cree en la exactitud de esa observación?

—Creo, señora, que, por regla general, puede admitirse.

—No hay inconveniente en ello (añadió el pretendiente desdeñado). Admito esa regla general; pero, señores, hay excepciones, y la mía es una.

—Respetemos la modestia de este caballero, y concluyamos reconociendo que la nieta de su abuela es un asombro de belleza y un pasmo de virtud; pero aun así me parece que no es un gran partido.

—¿Por supuesto! (exclamaron muchas voces á la vez.) ¡Una florista!....

—Á todo esto (dijo el General), todavía no conocemos su retrato.

—En efecto (añadió Margarita): no basta de-

cler es bella; es preciso demostrar en qué consiste su belleza. Vizconde: denos V. una idea de las singulares perfecciones de la ingrata que no ha sabido corresponder á una pasión tan desesperada. Es cosa que V. se la encontrará hecha, pues debe sabérsela de memoria.

—Sí, sí (dijeron varios concurrentes). Venga, venga el retrato.

—Señores, no es tan fácil lo que se me pide. La belleza de María está más en la expresión que en las líneas; más en el conjunto que en los pormenores, y voy á hacer un bosquejo pálido, que no va á satisfacer á nadie.

—Eso (advirtió la Marquesa) es confesarse vencido.

—No (replicó el Vizconde); es declararme insuficiente.

—Sepamos, á lo menos (dijo Margarita), á qué tipo pertenece.

—Tipo.... (repitió el Vizconde, con ademán dudoso.) Tipo.... tipo.... Quizás hay en su semblante algo del tipo hebreo.

—¡Hola! (exclamó la Marquesa.) Aquí tenemos una mujer de la Biblia.

El General añadió, suspirando:

—¡Ah! Es un hermoso tipo.

—Vamos por partes (dijo Margarita). ¿Ojos?

Al hacer esta pregunta abrió los suyos, dejando admirar el azul aterciopelado de sus pupilas.

—Eso no se pregunta (contestó el General). Deben ser grandes, negros, ardientes y dulces.

—Exacto (añadió el Vizconde): que brillan bajo dos cejas soberanas.

—¿Pelo?—preguntó á su vez la Marquesa.

—¡Claro está! (se apresuró á decir el General.) Negro, espeso, largo y brillante.

—Eso es (dijo el Vizconde): negro, espeso, largo y brillante, formando ondas.

Matilde animó sus mejillas sonrosadas con una amable sonrisa, y pronunció estas palabras:

—Deberá ser bastante morena, un tanto acentuada: creo que es el color correspondiente al tipo.

Esta vez el Vizconde no dió tiempo á que el General contestara, pues se adelantó, diciendo:

—Nada de eso: es blanca como la nieve.

—¿Pálida?

—Sí; de una palidez suave y nacarada, como la de las hojas de la azucena.

—Ahora (añadió el General), el retrato se completa por sí mismo: rostro ovalado, boca movable graciosamente acentuada...., alta, fina, flexible....

—Cualquiera diría, mi General (dijo el Vizconde), que V. la conoce.

—No, contestó: no la conozco; pero el tipo no me es desconocido; y si es como acabamos de pintarla, y sobre todo como yo la imagino,

comprendo perfectamente que al insigne Rafael se le haya ido el santo al cielo.

—Sí (añadió Esteban); es un tipo original, que puede causar impresión profunda. Y he ahí la mujer extraordinaria que ha conseguido fijar el corazón atrabiliario de ese loco, á quien ninguna ha podido sujetar. Es un triunfo cuyo mérito no podemos desconocer; porque, señores, no se trata de un capricho pasajero: Rafael se casa.

—Pero ¿será capaz de casarse con una florista?

Á esta pregunta de la Marquesa, la concurrencia guardó silencio, y Esteban añadió:

—Todos mis esfuerzos han sido inútiles. Está decidido y resuelto á arrostrar el ridículo.

En aquel momento entró, respirando con violencia, el que media hora antes había salido en busca de nuevas noticias acerca del asunto que era objeto de la conversación. Entró, llevando en el semblante la satisfacción del triunfo, y se adelantó, diciendo:

—Todo lo sé: he recogido los datos más preciosos: es una mujer sin padres, sin familia, sin nombre y sin fortuna: es una aventurera....

—Todo eso (dijo Margarita) lo sabíamos ya. El pobre hombre se detuvo, cortado por aquella salida inesperada, que quitaba á sus averiguaciones toda la gloria de la novedad.

—¡Bah! (exclamó la Marquesa.) Sus amigos

deben disuadirle; la amistad obliga. Yo creo que si lo vieran Vds. al borde de un abismo, todos acudirían á socorrerle. Pues bien: lo que harían Vds. por su vida, bien pueden hacerlo por su felicidad.

Esteban tosió, y contestó á la Marquesa, diciéndole:

—Señora: creo que los amigos no conseguirían nada; las amigas me parece á mí que alcanzarían mejor fortuna.

El General intervino, exclamando:

—¡Oh! Es curioso esto. ¿Con qué derecho van Vds. á erigirse en tutores de su corazón? Me parece que Rafael ha salido ya de la patria potestad, y no necesita curadores que administren sus inclinaciones.

—Caballero (replicó Matilde); tiene V. el corazón duro como una barbacana, y el frío de los años le ha hecho á V. algo egoísta; si no, habría comprendido al golpe que se trata de una obra de misericordia: *dar buen consejo al que lo ha de menester.*

—Eso es precisamente lo que yo hago al aconsejar á Vds. que no se metan en un asunto en el que nada les va ni les viene.

—Me parece muy cruel (dijo Margarita) abandonarlo de ese modo á los peligros de un capricho que llorará después con lágrimas de sangre.

—No le falta razón al General (advirtió Este-

ban). Rafael está ya en edad de saber lo que se hace; y, fuera del derecho que da la compasión que inspiran las gentes que no saben manejarse, no tenemos facultad ninguna que nos autorice á meternos en sus asuntos. Se ha enamorado ciegamente, y va á casarse, claro está, con una venda en los ojos. ¡Qué le hemos de hacer! Compadecerlo. Por lo que hace á mí, en vista de la ineficacia de mis consejos y de la inutilidad de mis advertencias, he decidido abandonarlo á su suerte, con certidumbre de que el mundo le hará pagar bien cara su locura.

—Todavía no está casado,—replicó Margarita.

—Hay un dato para creer (dijo el Vizconde) que este amor le ha cogido de medio á medio.

—¿Cuál?—preguntaron á la vez la Marquesa, Matilde y Margarita.

—¿Cuál? Que hace ya dos meses largos que huye de los amigos, que está taciturno, que no juega, ni monta á caballo, ni ha tenido ningún lance, ni se le ve por ninguna parte.... Vamos, es hombre muerto.

—¡Basta! (exclamó la Marquesa.) Este asunto empieza ya á ser fastidioso. Hablemos de otra cosa.

En efecto: la conversación varió de rumbo; pero no tardó mucho tiempo en volver al tema obligado del casamiento de Rafael.

¡Pobre María! No sabía ella lo que le costaba

su triunfo sobre aquel hombre que la moda había hecho adorable.

VI.

¿Qué no hará una madre para casar á la hija de sus entrañas? En este punto me inclino á presumir que el amor maternal ha de tener que dar mucha cuenta á Dios. No todas las madres saben contenerse dentro de los límites regulares cuando se trata de conquistar un marido, sobre todo si presenta ciertas ventajas materiales; porque si las hijas suelen enamorarse desinteresadamente, las madres se inclinan sin vacilar en favor de aquel que, tuerto ó derecho, joven ó viejo, ofrezca el bolsillo más ancho, más hondo y más lleno.

No es esta ocasión á propósito para bosquejar en un cuadro completo, con todos los detalles necesarios, las coqueterías, las seducciones, las solicitudes, los medios de atracción, en fin, que despliega una madre poco discreta que se empeña en casar á su hija.

Es asunto más vasto de lo que parece, y necesita un estudio y un espacio de que no puedo disponer en este momento, en que el hilo de la narración tira impaciente de la pluma con que escribo.